

FAMILIA RODANTE

# EL GEN



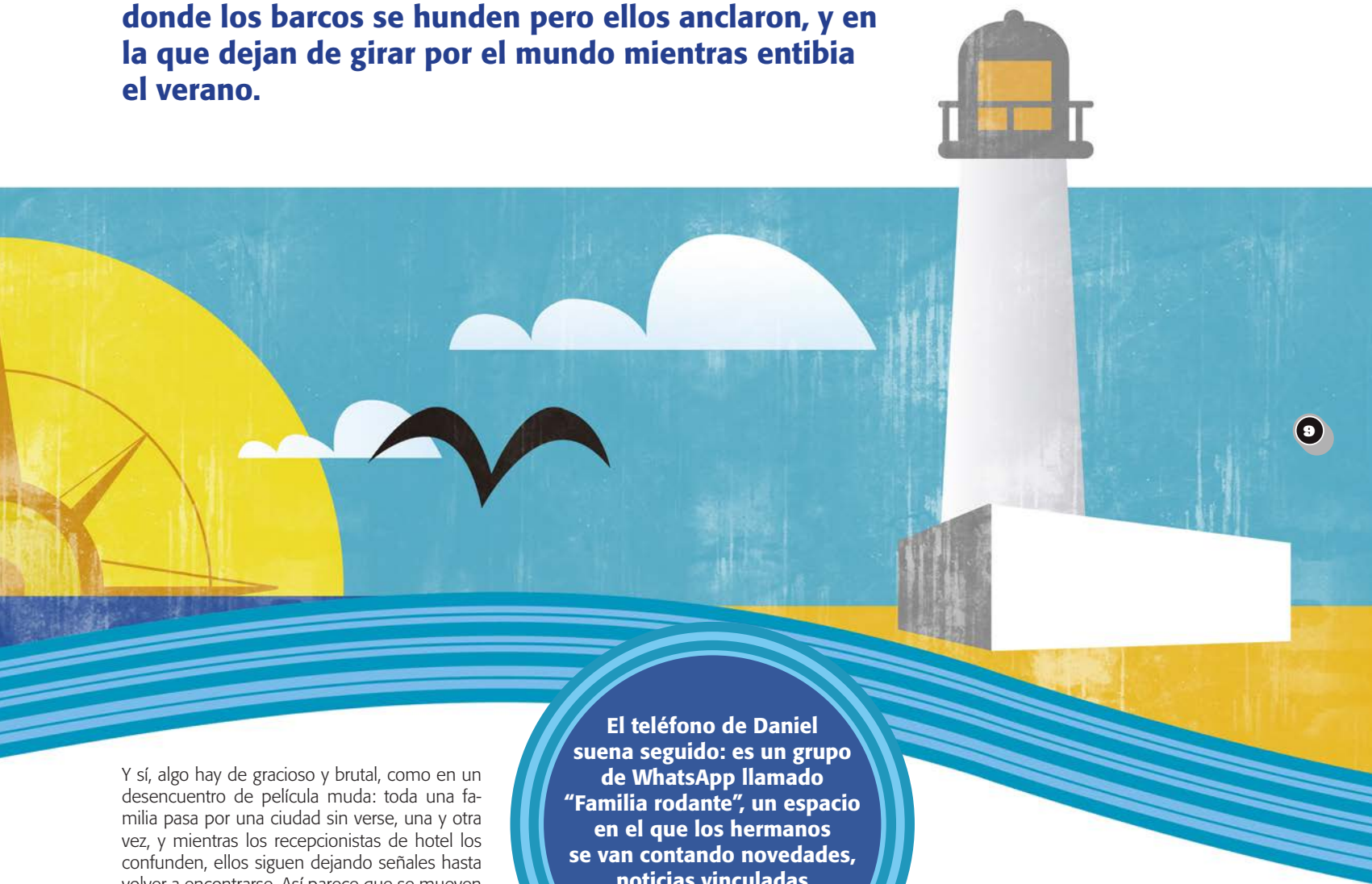
**E**n 2008 Daniel Drexler llegó por primera vez a Córdoba en una pequeña gira que lo llevó por bares de las sierras. En aquel entonces, poco se sabía que los Drexler eran uno de los clanes creativos más importantes que dio Uruguay, o que ya todos ellos tenían años de carrera, discos editados, giras y presentaciones por Latinoamérica. De todo eso se sabía casi nada. Solo una vocación melómana o una profunda fe en la genética motivaba a ir a un show de un Drexler que no fuera Jorge. Es que el mayor de los cuatro ya había ganado el Oscar a la Mejor Canción Original por la película *Diarios de Motocicleta*, y sus hermanos parecían no seguir a voluntad la estela trazada

por el cometa del éxito hollywoodense. Daniel estaba ahí, con su guitarra, tocando canciones de *Vacío*, su cuarto trabajo, para las mesas que lo aplaudieron durante esas noches cordobesas. Pasaron siete años de aquellas presentaciones, seis placas, incontables giras y un premio Gardel por su disco *Mar abierto* en 2013. Son cerca de las cuatro de la tarde en Córdoba Capital y Daniel Drexler se hospeda en un hotel céntrico. Ahora viene a presentar *Tres tiempos*, un lado B de toda su experiencia musical, con libro incluido. Me acerco a la recepcionista, pregunto por él. Ella responde que acaba de registrarse y marca el número de la habitación. “¿Señor Jorge Drexler?”, dice. La interrumpo. “Es Daniel”, le digo en voz baja. Ella me hace un gesto con la mano, indicando que me calle.

Insiste: “¿Señor Jorge Drexler?”. Daniel baja a los minutos, teléfono en mano. Parece acostumbrado a esta clase de equivocaciones. Los Drexler van a llegar a Córdoba con días de diferencia, y la confusión parece razonable. Su teléfono suena seguido: es un grupo de WhatsApp llamado “Familia rodante”, un espacio virtual en el que los hermanos y otros miembros de la familia se van contando novedades, noticias vinculadas con casi todo menos con el trabajo. “Nunca sabemos cuándo vamos a coincidir —cuenta Daniel, ya sentado en el bar del hotel—. De hecho me enteré que Jorge iba a estar en Córdoba por la radio. Cometimos la brutalidad de venir a la misma ciudad separados prácticamente por días. Parece un chiste, ¿no?”

# DREXLER

**POR SOL ALIVERTI. ILUSTRACIÓN DE KIKI VIALE. Cuatro hermanos uruguayos, la música y una tradición de historias y culto al ocio y la creatividad. Una casa frente al mar donde los barcos se hunden pero ellos anclaron, y en la que dejan de girar por el mundo mientras entibia el verano.**



Y sí, algo hay de gracioso y brutal, como en un desencuentro de película muda: toda una familia pasa por una ciudad sin verse, una y otra vez, y mientras los recepcionistas de hotel los confunden, ellos siguen dejando señales hasta volver a encontrarse. Así parece que se mueven los Drexler.

## Reza, reza

Ahora todos saben deletrear el apellido. Ya no hay que aclarar que entre la e y la l va una x y después se escribe todo como suena. Pero cuando Ghunter Drexler llegó a Uruguay en 1945 escapando de la guerra, las cosas eran diferentes. Ahí conocería a Lucero Prada, con quien tendrían a su primogénito, Jorge, en 1964. Un año después vendría Paula; en 1968 llegaría Daniel y una década más tarde, Diego. El paisaje de la infancia transcurriría en el ba-

**El teléfono de Daniel suena seguido: es un grupo de WhatsApp llamado "Familia rodante", un espacio en el que los hermanos se van contando novedades, noticias vinculadas con casi todo menos con el trabajo.**

rrio El Prado de Montevideo y después en Punta Gorda, en el departamento Colonia, en una casa pegada a la playa. *"Yo me crié durmiendo toda la infancia en el mismo cuarto con Jorge; Paula dormía en la pieza de la nena y cuando nació Diego se armó el lío"*. Un día a la siesta, Jorge, Daniel y Paula salen de su casa y llegan a una especie de complejo donde pasan cine toda la tarde. Allí el ambiente es tan efervescente que un primo de ellos, Juan, lanza un hondazo a la pantalla cuando el primer indio

aparece en escena. En esas suenan el primer acorde y el grito de "Help". A los pocos minutos, como en una secuencia hipnótica, están todos bailando. Vuelven a su casa corriendo, le preguntan a Ghunter si conoce esa canción. Ghunter saca un disco y les dice que sí: eso que escucharon se llama Los Beatles. *"Mi hermano Jorge me hacía rezar todas las noches para que volvieran Los Beatles, porque mi padre nos dijo que si se juntaban los íbamos a ir a ver"*, recuerda Daniel. Algunos años después, una mañana Ghunter entra a la habitación, va directo a la cama de Jorge y le dice algo al oído. Daniel ve la escena y se da cuenta de que Jorge se pone a llorar. Su padre sale de la habitación y Daniel, desde su cama, pregunta

qué pasó. “Mataron a Lennon”, responde Jorge con la certeza de que ya no había a Quién rezarle. “De alguna manera eso te marca, queda muy grabado. La relación con mis hermanos siempre fue muy intensa. Sobre todo con Jorge, porque es raro que dos personas sufran procesos tan parecidos: soñar así con la música como algo inalcanzable”. ¿Es eso lo que los hace músicos? ¿Es eso los que los convierte en la familia rodante? ¿Al final eran Los Beatles? ¿Eso es todo? Resulta que no: hubo una época en la que Ghunter decidió que se irían todos a vivir a un suburbio de Tel Aviv, en Israel. Paula y Jorge eran ya adolescentes, y Diego recién nacido. Allí aprendieron el idioma en una escuela especial para inmigrantes y se adaptaron más rápido de lo que hubieran imaginado. Pero después de un año no pudieron más. Comprendieron que un verano lejos de la casa de La Paloma era algo que pesaba. Hicieron una votación: Jorge y Paula no querían volver; Uruguay era sinónimo de represión y Tel Aviv ofrecía el experimento de la libertad, un lugar para experimentar la vida justo cuando comenzaban a vivirla. Lucero y Ghunter sí querían. Desempató Daniel: un voto no afirmativo para la estancia en Israel, y regresaron buscando de nuevo la huella, esa casa, los días cerca del mar. Luego, cantar las propias canciones sería un modo de decir que eran de ahí, y de ninguna otra parte.

## Brújulas enloquecidas

La Paloma es una ciudad balnearia a 200 kilómetros de Montevideo. Ahí se encuentra el punto exacto que los barcos que venían de Europa tomaban como referencia para llegar al Río de la Plata. En esas playas existen dos polos magnéticos hacia el norte y hacia el sur, además de polos accesorios que producen un fenómeno que desmagnetiza las brújulas, lo que la convierte en el lugar de mayor densidad de barcos hundidos en el mundo. Un día de 1960, el abuelo materno vio el terreno y decidió hacer la casa ahí, frente al faro del pue-

blo construido en 1874. La casa está diseñada para descansar: no tiene televisión ni teléfono y todas sus ventanas dan al mar. Desde fines de diciembre y hasta marzo, los Drexler pasan ahí sus días, y ahí ocurrieron muchas de las decisiones artísticas del clan musical. No importa dónde estuvieran, la casa de La Paloma era el lugar al que debían volver. “Hay una parte de mí que va/ camino a La Paloma/ por un recuerdo de campo y mar/ camino a La Paloma”, dice la canción de Jorge en su disco *Frontera*. Esa añoranza no es solo poesía. Todos los años, estén donde estén, los Drexler ocupan esa casa hasta que el verano muere. “Yo creo que hay una impronta de los abuelos maternos, que eran tipos interesados en la filosofía, en la poesía y le daban mucha importancia al ocio. Era una cuestión casi religiosa, todos los años”, dice Daniel, que también recuerda que fue el padre de su prima Ana Prada, Chiquito, quien le puso a la familia el tono musical. A la casa de La Paloma se acudía para encontrarse, en un espacio que durante un tiempo dejó de ser ese templo privado para convertirse en un centro turístico donde los fans se agolpaban tratando de ver a Jorge. “Mi abuelo le daba mucha importancia a sentarse a la mesa y contar historias. Si alguien contaba un cuento y lo interrumpías, podías ser lapidado en plaza pública. Era visto como algo de mal gusto, te sentías un imbécil si lo hacías. Lo que uno hace cuando canta canciones: cuenta cuentos. Ese culto a la creatividad y al ocio es algo que nos marcó a fuego y que se dio en el living de la casa de La Paloma”.

En esa casa, también, la segunda de los Drexler, Paula, empezó a pasar música como DJ. “Yo me defino como una melómana, siempre que escucho algo de música estoy con el oído prendido. Mis chicos se ríen, pero es así”, dice Paula. Al igual que sus hermanos, en una tradición familiar que insistía con la ciencia, Paula decidió ser odontóloga, así como los tres varones siguieron carreras tradicionales antes de que la música fuera la ocupación de tiempo completo. La formación musical de la única mujer Drexler fue académica: de chica estudió piano, dio conciertos, pero en algún momento se le ocurrió que no era tan buena y ahora, mirando a la distancia, se dio cuenta de que sensibilidad tenía, que lo único que le sobraba

era una alta exigencia que también “es de familia”. Para ella, el salto total hacia la música no fue necesario. “Yo no me puedo hacer la viva ahora”, dice. Pero en La casa de La Paloma lo que sobra es fiesta, y Paula es la que le pone música. Hace 15 años que, además de atender niños en su consultorio, pincha discos. “Nosotros nos reunimos con nuestros hermanos en La Paloma los primeros días del año y son sagrados, de mucha fiesta”. Una noche arrancó desde su I-pot; entendió que eso no era suficiente y comenzó a pasar música desde iTunes. “Y ahí empezamos. Otros músicos del entorno me dijeron: ‘Mijita, así no, se tiene que profesionalizar’”. Hizo caso y se profesionalizó: compró equipos y desde 2003 participa de un colectivo llamado Ronda de mujeres, en Montevideo, con el que programa fechas y toca regularmente. Dice Daniel que cuando Paula deja La Paloma, la fiesta se acaba. “Mi hermano Diego se burlaba. Me decía ‘DJ Excel’, porque tenía de un lado un Excel con lo que iba a pasar en la primera bandeja y lo mismo para la otra”, dice Paula de aquel lado de la pantalla. “Yo les hago la fiesta a mis hermanos. Lo único que me puede mantener despierta es pasar música, porque llega un punto que en La Paloma son fiestas de ocho horas y siempre hay algún colgado que se queda ahí saltando. Ahí uno se libera de un montón de presiones del día a día. Es muy intenso desde el punto de vista cultural. Es un tiempo que te abre la cabeza y es un tiempo de compartir”.

## La única certeza

Diego Drexler es el menor. Cuando la pantalla se enciende sé que está en Bruselas, en el congreso de la Confederación Internacional de Autores y Compositores (CISAC) representando a AGADU, la Asociación General de Autores

### TRIPLEDUBLEVÉ:

[www.jorgedrexler.com](http://www.jorgedrexler.com)  
[www.diegodrexler.com](http://www.diegodrexler.com)  
[www.facebook.com/danieldrexleroficial](https://www.facebook.com/danieldrexleroficial)  
[www.rondademujeres.com](http://www.rondademujeres.com)



del Uruguay, de la cual es secretario general. Está cansado y con poco tiempo. De profesión arquitecto, su iniciación musical fue herencia casi directa de sus hermanos. El que le dijo que se comprara un bajo fue Jorge; después fue Daniel el que le hizo experimentar los escalafones del negocio familiar, cuando Daniel compartía banda junto con Ana Prada. *“Era muy utilitario, me mandaban a cargar todo. Aprendí muchísimo, hice todas las funciones de roles que se dan en la música. Fui sonidista, después empecé a tocar el bajo en la banda de Dani y a cartonear en la logística”,* recuerda ahora, con disco nuevo, luego de haber formado parte de Cursi, la banda con la que compartió escenario desde 1997. A esta altura no es difícil suponer lo que representa para él La Paloma, ese lugar de raros magnetismos y despegue en el trabajo creativo. Hay pistas: en su foto de perfil aparece un faro, y alguien que le comenta que ya falta poco. *“La Paloma es un espacio de reflexión, un espacio de permitirse parar con la máquina diaria en que estamos en la ciudad todo el tiempo, llegando tarde a todos lados, haciendo dos o tres cosas a la vez. No hay televisión ni teléfono, los estímulos empiezan a salir de la cabeza. Es muy importante tener tiempo. Ahí encuentro cierta paz”.* En un verano salieron allí las primeras líneas de las canciones de su nuevo disco, como también les salieron canciones al resto de los hermanos. *“Vuelvo a jugar el juego/ vuelvo a empezar de nuevo/ no me importa si patean el tablero”:* una canción que nació en

**La casa de La Paloma está diseñada para descansar: no tiene televisión ni teléfono y todas sus ventanas dan al mar. Desde fines de diciembre y hasta marzo, los Drexler pasan sus días ahí.**

esas playas, luego de que Diego dejara Cursi para empezar de nuevo con lo que él tenía para decir. Vive en Montevideo, igual que Daniel y Paula, y la cercanía hace que se junten a tocar, aunque no siempre aprovechan. Desde que el big bang Drexler estalló en la industria musical, prefieren seguir cada uno su camino, sabiendo que es mejor tocar para diez personas por los motivos correctos, que para mil por motivos equivocados.

*“Cuando Jorge viene, prefiero hacer de hermano”,* dice. Hablando de Jorge: suena el teléfono. Diego hace una seña con la mano, me dice *“esperá”.* Acerca el visor a la cámara. Efectivamente: en la pantalla dice *“Jorge Drexler llamando”.* Hacía justo una semana que se había presentado en el Quality Espacio de Córdoba con un espectáculo llamado *Perfume*, un repaso de canciones de todos los discos que el público coreaba con la exactitud evocativa que tienen los olores. Jorge llegó tarde porque el vuelo se retrasó y él y sus músicos estuvieron en Aeroparque horas y horas durmiendo en el suelo.

## PEQUEÑO REFUGIO

Quiso el azar que el verano de 2009, en un bar de Punta del Diablo, en el departamento Rocha, Uruguay, la marea me llevara a encontrarme con Daniel Drexler y a entablar una amistad con él. Para quienes no lo conocen, Daniel Drexler es un cantautor uruguayo perteneciente a una estirpe de artistas, uno de ellos muy célebre. La fraternidad con Daniel es fácil: él es una parcela de tierra fértil para la amistad. Ese mismo año lo invité a Córdoba e hicimos un show en el bellissimo auditorio de la Facultad de Ciencias Exactas. Desde ese día, nuestros contactos fueron esporádicos pero intensos. El siguiente diciembre viajé a Montevideo a su casamiento, y allí me habló de *“La Serena”*, un pequeño refugio en La Paloma, Uruguay, localidad costera a mitad de camino entre Punta del Este y Cabo Polonio. Allí tenían la costumbre de reunirse, todos los eneros, varios de sus amigos músicos de distintos lugares del orbe, aunque la gran mayoría del Cono Sur, casi todos cantautores. Distribuidos en cabañas alquiladas, habitaciones de hoteles o carpas, se vive en La Serena una temporada de verano en compañía del mar y de la música.

El verano siguiente tomé mi guitarra, mi mochila, y partí hacia la banda oriental. Lo que viví esos días va a quedar para siempre en mi memoria. Un campamento de cantautores, gente extraña, realmente diferente, sensible. Un experimento diseñado para fracasar, pero que no fracasó. La fraternidad fue espontánea, sencilla y muy enriquecedora. Muchas cosas pasaron por nuestras cabezas, y a mí me ayudó a repensar un debate que venía sosteniendo desde hacía unos años.

Como músicos, la mayoría de nosotros hemos pertenecido a alguna tribu melódica, ya sea el rock, el folklore, el jazz. Son grupos más o menos cerrados donde los intereses generan identidad, y viceversa; es decir, uno empieza a mimetizarse con el resto de la manada. La contención del género es solidaria y amable, además de solucionar problemas claves, como encontrar gente afín a tu proyecto, conseguir fechas, estudios, etcétera. También genera debates insostenibles como *“qué es el rock”* (*“eso no es rock, esto sí es rock”*), o *“la verdadera chacarera se toca así, no así”*, y otras pérdidas de tiempo.

La pregunta obligada que solemos hacernos es: *¿a dónde pertenecemos?*

Contrario a las creencias populares, no hay un género de cantautor. Algunos hacen folklore, otros rock, otros milongas, y no gozamos del privilegio del género, porque, como nos gusta decir a nosotros en clara autoreferencia, somos libres. Bueno, en realidad somos solitarios, hay que decirlo de una vez por todas.

Y de pronto, ahí estábamos, en pleno enero uruguayo en una manada de lobos esteparios, preguntándonos qué éramos sin preguntarnos nada. Tan distintos y tan iguales, con denominadores comunes muy fuertes, como la canción y el mate, solo éramos personas disfrutando de la vida. Cuando quisimos ver, estábamos perteneciendo.

Además de compartir con la hermosa familia de Daniel, he conocido artistas de gran talento y hermosos seres humanos como Pablo Grinot (Buenos Aires), Sandra Corizzo (Rosario), Lucio Mantel (Buenos Aires), Federico Wolf (uruguayo residente en Chile), Zelito Ramos Souza (Brasil) y un montón de gente más que claramente ya cometió la injusticia de no nombrar.

Un baño de humildad, un rebaño de amigos, un momento mágico en un lugar mágico. La familia serena habita en cada uno de nosotros. Siempre nos queda enero en La Serena.

**MARCOS LUC  
CANTAUTOR CORDOBÉS**

El retraso fue a causa de la niebla, pero igual estaba ahí, bien predispuesto, de pie frente a 1500 personas. En el escenario, atrás, se iluminaba una tela con forma de reloj de arena. El tiempo, para los Drexler, es algo que ocurre a sus espaldas mientras ellos hacen música. Sobre todo para Jorge, el único de los cuatro que después de mucho *“rema, rema”*, pudo vivir de sus canciones, luego del salto cuántico que dio desde el barroco mundo de la medicina al expansivo universo del arte. La llamada con Jorge se termina. Antes de La Paloma van a aprovechar para verse uno de estos fines de semana. Diego dice lo que le hubiera costado seguir sin música; sería un joven viejo, como muchos de los jóvenes que conoce y ese es un precio que no quiere pagar. Por eso fue que hace dos años, un verano, con las intenciones

de Año Nuevo, se dijo que iba a hacer un disco, y parece que todo lo que pasa en La Paloma es tierra fértil para que el clan de hermanos siga rodando. *“Esa casa nos ancló a todos a algo. Viendo el tipo de vida que nos tocó llevar a toda la familia en general, tener un lugar de anclaje en este momento es una ventaja”,* dice Daniel, el encargado de que todos los veranos la casa de La Paloma se llene de gente de todo el mundo. *“En esta realidad líquida en la que además llevamos un tipo de vida tan azaroso, ahí anclamos emociones y afectos una vez al año. Es muy sanador. En particular, con Jorge nos dimos cuenta de algo hace unos años: la casa de La Paloma es lo único que tenemos seguro de por vida. Lo único que sabemos que va a pasar el próximo año es que el 28 de diciembre vamos a estar ahí”.* 